

Sergio Huneeus

## Pedro Prado en la diplomacia



CUANDO en enero de 1952 sufrieron las letras chilenas la pérdida de uno de sus más altos valores en la persona de Pedro Prado, su memoria fué exaltada en Chile y en otros pueblos de América por escritores de renombre que habían sido sus amigos y admiradores. Ellos analizaron oportunamente su obra literaria en los campos de la poesía y de la prosa; hicieron el debido alcance a la altísima calidad humana y artística del poeta y revivieron, en admirables anécdotas, los años mozos y la madurez de esa existencia tan bella y puramente vivida. Olvidaron, sin embargo, sus compañeros de oficio, recordar el breve período de su vida que consagró el poeta a servir a Chile en la diplomacia.

Corría entonces el año de 1927 y el general Ibáñez regía, por vez primera, los destinos del país. Su joven canciller, Conrado Ríos Gallardo, se había propuesto instaurar nuevos moldes en el servicio diplomático e imprimir un ritmo acelerado a nuestra política exterior. En este empeño se esforzaba en buscar, para cada puesto de responsabilidad, al hombre que mejor pudiera destacarse en cierto y determinado ambiente. Y fué así como Conrado Ríos, al comprender que Colombia había sido un tanto olvidada por nuestra cancillería, a pesar del gran cariño que ese pueblo profesaba a Chile, llamó a Pedro Prado a fin de rogarle nos representara en esa

tierra más conocida de nosotros por sus poetas que por los hombres de esfuerzo que han forjado su grandeza. El temperamento romántico de Prado se sintió atraído por la misión que se le brindaba. Conocía él el movimiento intelectual colombiano; había mantenido correspondencia con los valores que lo impulsaban; tenía confianza en sí mismo y, por sobre todo, predominaban en él el deseo y la ambición de servir a su patria en tierra extranjera, aún cuando no ignoraba los sacrificios materiales que entrañaba este desplazamiento.

Tras breves consideraciones, Pedro Prado aceptó el cargo de ministro plenipotenciario en Colombia y, desde ese instante, se consagró con febril actividad a preparar su llegada a la tierra de Jorge Isaacs, José Asunción Silva, Guillermo Valencia y tantos otros nombres con los cuales nos familiarizamos en Chile en las aulas escolares.

En esos días, habíamos llegado al país después de servir nuestro primer cargo en el exterior, y la suerte nos deparó ser destinados como secretario de la misión en Colombia. Luego de formalizada nuestra situación, nos pusimos a las órdenes de "don Pedro", como le llamamos siempre, exteriorizando así el respeto, la admiración y el cariño que profesábamos a este ser de selección.

Dos o tres meses tardó la preparación de su viaje. No le preocupaba a él cuánto dinero ganaría en Bogotá, pero sí le desvelaban los planes que su imaginación, siempre intranquila y fecunda, esbozaba diariamente para poder lograr que su arribo a Colombia fuese más grato y eficaz para Chile. Prado era un perfeccionista y bajo su apariencia soñadora no dejaba escapar el más mínimo detalle de cuanto emprendía. Sabedor de que a la sazón el arzobispo primado de Colombia, monseñor Herrera y Restrepo, ejercía sólida influencia en el gobierno conservador de su país, don Pedro adquirió una valiosa colección de las obras históricas de nuestro gran prelado don Crescente Errázuriz para obsequiárselas como testimonio de la amistad de nuestro Presidente. Pensó luego que en el campo de las letras sobresalía, también, con indiscutible influencia política, la figura del poeta Guillermo Valencia, y para él obtuvo en Santiago la rara edi-

ción de *La Araucana*, de Ercilla, comentada por don José Toribio Medina. La entrega oficial de estas obras —nos dijo entonces— abrirá para mí las puertas de Colombia. Y no se crea que al cuidar de estos detalles Prado desestimaba su propio valer; por el contrario, él tenía plena confianza en sus capacidades, pero su investidura oficial le hacía perseguir algo más que un simple triunfo literario personal. Al preparar su viaje ambicionaba conquistar a Colombia para Chile, y podemos decir, sin faltar a la verdad, que logró ampliamente su objetivo.

Consecuente con este plan, cuidadosamente concebido y que perseguía lo que él llamaba “la conquista afectiva de Colombia”, don Pedro innovó, desde antes de partir de Chile, en los procedimientos habituales de nuestra cancillería solicitando de ella la autorización para dirigirse directamente a los diferentes ministerios que integraban entonces el poder ejecutivo. El canciller Ríos Gallardo accedió al pedido, y Prado ofició sin demora a los titulares del gabinete a fin de que cada uno de ellos cooperase oficialmente a la realización de un vasto programa que comprendía la concesión de becas para estudiantes colombianos en Chile, el intercambio de informaciones de toda índole, el canje de libros y obras de arte, el otorgamiento de condecoraciones y la dádiva de obsequios y premios destinados a revivir en Colombia la tradición dejada allí por las primeras misiones militares chilenas que organizaron su ejército durante la presidencia del general Rafael Reyes. Fueron contempladas, además, muchas otras actividades que su prolífica imaginación le aconsejaba para dar mayor realidad y duración a las relaciones entre Chile y ese pueblo.

El empeño de don Pedro fué premiado, pues algunos de los ministros de Estado respondieron a su llamado facilitándole el financiamiento de buena parte de su programa. Pudo adquirir así varias colecciones de libros de autores chilenos contemporáneos que enriquecieron más tarde las bibliotecas de Colombia y eligió también, con esmero, varios óleos de paisajistas nacionales para obsequiarlos, en tiempo oportuno, a museos y organizaciones colombiana-

nas que ignoraban acaso la existencia de estos artistas. Don Pedro creía en el dicho popular que "los pueblos se conocen mejor por sus hombres" y de allí su afán de querer difundir en Colombia la obra de nuestros artistas plásticos como divulgó también, sin desmayos ni prejuicios profesionales, el significado de nuestro movimiento literario del cual era él figura sobresaliente.

Tampoco descuidó Prado el aspecto comercial de su misión y, al efecto, hizo embarcar muestrarios de todos aquellos productos chilenos que pudieran tener aceptación en el país amigo. Oportunamente circularon éstos entre los comerciantes locales, estableciéndose así el primer eslabón comercial chileno-colombiano.

Sabedor del alto costo de la vida en Colombia, cuya moneda se cotizaba en aquellos tiempos con algunos centavos de prima sobre el dólar, nuestro poeta se trazó —con un sentido de las realidades poco común en las gentes de este oficio— su plan financiero. Como primera medida liquidó algunas propiedades y dispuso así de diez mil dólares en dinero, con los cuales —nos anunció— sufragaría, hasta donde fuera necesario, los gastos de su misión y de sus nueve hijos. Cuando al llegar a Bogotá se enfrentó con la realidad, recordamos haberle oído decir: "Mi dinero personal, sumado a lo que recibo del gobierno, me alcanzará para un año y medio". Y fueron exactamente dieciocho meses los que Prado dedicó a servir a su patria en el exterior, de donde no regresó con dineros ahorrados, pero sí con la íntima satisfacción de haber agregado algo de gloria a su nombre y a su tierra, a la cual amaba entrañablemente.

Viajamos en vapor hasta Panamá y desde allí abordamos otro barco que nos llevó a Barranquilla, sobre el Atlántico, para proseguir luego en avión a Bogotá. Colombia, país de contrastes, ostentaba en 1927 una magnífica línea aérea que sobrevolaba el río Magdalena, en cuyo lecho se varaban frecuentemente durante semanas los vapores que hacían el recorrido desde la costa hacia la capital. Al enfrentarse con esta situación, que amenazaba retardar indefinidamente su llegada a Bogotá, don Pedro no titubeó y, distribuyendo su prole en dos aviones, se remontó hacia las alturas de la ca-

pital colombiana. Fué recibido allí como un señor de las letras hispanoamericanas y no hubo, en la vieja ciudad de Santa Fe de Bogotá, puerta de diario ni de cenáculo literario que no se abriera muy ancha ante su sonrisa bondadosa, que despejaba el camino para dar paso a un raudal de cultura que cautivaba invariablemente a cuantos tenían el privilegio de oírle.

Pasados los primeros días de agitación durante los cuales Pedro Prado recibió, con sorpresa, el sincero homenaje que le rendía la intelectualidad colombiana, empezó él a preocuparse del discurso que, según la usanza, debería pronunciar en la presentación de sus cartas credenciales al Presidente don Miguel Abadía Méndez. Quería el ministro de Chile abandonar los moldes rutinarios del protocolo y verter, en esa ocasión, pensamientos e ideas que innovaran en el estilo diplomático consagrado para estas ceremonias. Deseaba acaso exteriorizar el sentir de su alma mediante las bellas imágenes que fluían a su mente y ambicionaba, en este primer acto oficial, además, dejar la huella de su profundo patriotismo y de su sincero deseo de adelantar un paso positivo en las relaciones chileno-colombianas.

Durante varios días meditó sus palabras y, cuando sólo faltaban veinticuatro horas para la presentación de credenciales, escribió su oración, de la cual transcribimos, sin comentarios, algunos párrafos cuyo contenido filosófico e inspiración merecen conocerse:

“Excelentísimo señor Presidente (\*):

“Cuando se ha tenido la suerte de nacer y de abrir los ojos ante el sol y la tierra de la patria; cuando desde el primer deslumbramiento de la vida, hasta el comienzo de la edad madura, nuestro espíritu, al desarrollarse, ha ido alimentando su sed de curiosidad, su anhelo de belleza, su hambre de justicia, y sus ansias de vida superior con el ofrecimiento y el ejemplo que le dan los valles y las montañas, el pueblo y la historia, y la vida y la muerte de los

---

(\*) Este discurso fué pronunciado ante el Presidente don Miguel Abadía Méndez, quien había sido ministro de Colombia en Chile en 1903.

héroes, los sabios, los artistas y los santos de su país; cuando de tanto abreviar en los jugos de nuestra tierra, toda ella acaba por circular en nuestras venas, y poner su fulgor en la opacidad de nuestros pensamientos, se termina por sentir en nuestra esperanza el rumbo de su porvenir, y en el amor que le tenemos, el pulso de su vitalidad... Quien así piensa y así siente, al recibir el mandato supremo que le ordenó dejar las fronteras, para venir a representar a su país, experimenta la profunda emoción y la elevada alegría de saber que su existencia, antes oscura e individual, pierde de pronto las limitaciones del propio egoísmo, y comprende que ya no trabajará para acrecentar su haber: liberado de preocupaciones personales, se entrega, por entero, al goce superior de servir. No de servir a otros y pequeños egoísmos, sino al bien colectivo de su pueblo, en el plano superior de un desenvolvimiento armónico y correlativo con el de un pueblo hermano... Llego ante el pueblo de Colombia y ante vuestro gobierno, señor Presidente, empapado en aquellos principios y guiado por estos ideales. Por escasas que sean las fuerzas y pequeña la experiencia, ellas pueden ser superadas por los que, al comprender las propias limitaciones, se entregan llenos de fe a cumplir elevados mandatos, porque no ignoran, que éstos, con su propia altura, ofrecen nuevos y más seguros rumbos en más amplios horizontes... La historia de Colombia, tan rica en enseñanzas de nacionalismo propio y continental, en próceres que se ofrecieron al servicio de vecinas y remotas tierras, y en donde primero y más profundamente se cultivaron las disciplinas intelectuales, se me ofrece como alta cumbre para atalayar y escoger el camino más breve y seguro en el panorama de nuestro porvenir... Vuestra Excelencia fué ministro de Colombia en mi lejana tierra austral; vuestro digno colaborador en la cartera de relaciones exteriores ocupó también, hasta hace poco, ese alto cargo (\*). Yo quiero ver en ambos hechos la seguridad de poder contar con vuestra ayuda conjunta para proseguir una obra que fué y será la vuestra: contribuir a fo-

---

(\*) El ministro de relaciones, don Carlos Uribe, había desempeñado la plenipotencia de Colombia en Chile entre los años 1923 y 1926.

mentar el conocimiento y la amistad, el intercambio y la riqueza, cristalizar nuestra conciencia histórica e intuir las normas de nuestros destinos hermanos . . . ”

Reconocido ya oficialmente como ministro de Chile, don Pedro logró encontrar, no sin dificultades, una de las mejores mansiones de Bogotá para instalar la legación y allí se dispuso a trabajar en algo que por primera vez le caía en sus manos. Comentó entonces con nosotros los medios de rutina que tenía en vigor el ministerio de relaciones y, no contento con ellos, se trazó un plan de trabajo totalmente novel. Impulsado por el optimismo creador del hombre en plena madurez intelectual (Prado tenía entonces 43 años), elaboró algo propio que, según él, sería la solución para facilitar y mejorar la tarea del ministerio. Con minuciosa laboriosidad ideó un sistema informativo que puede estimarse como el fruto de la mentalidad de un arquitecto, porque en él estaban distribuidos, en cuadros gráficos, todos los problemas que podían afectar a las relaciones chileno-colombianas. Sometió su sistema a la consideración del ministerio y recibió felicitaciones porque fué encontrado útil y práctico. Su misión trabajó dentro de la nueva pauta y en ella se estudiaron, desde sus orígenes, todos los problemas de Colombia, incluyendo en ellos los aspectos geográficos, étnicos y climatológicos. El poeta y el soñador se había convertido en el más sagaz investigador de asuntos históricos, internacionales, políticos y comerciales, y los analizaba en forma exhaustiva, pero siempre amena y humana.

Adentrándose luego en la vida bogotana, Prado comenzó a ser objeto de manifestaciones por parte de los círculos más diversos y, en esta actividad, brilló el poeta de Chile con claridad luminosa. A la palabra cálida, a la metáfora fácil de la oratoria colombiana, don Pedro respondía siempre en un lenguaje tranquilo, modulado, sin ademanes teatrales, pero con conceptos profundos y bellísimas imágenes que fluían a través de su eterna sonrisa evocadora de paz y bondad. Así llegó el ministro de Chile, en pocos meses, a ser una figura dominante en el cuerpo diplomático y, por sobre todo, se

convirtió en el ídolo de la juventud intelectual de Colombia. Toda la pléyade de hombres de letras que había de destacarse más tarde en la política, en la literatura y en el periodismo, acudían a escuchar la palabra de Prado en las veladas íntimas que se sucedían, sin cesar, en la legación de Chile. Además de los jóvenes era comensal infaltable a estas reuniones el "Maestro" Sanin Cano, gloria de las letras de nuestra América y por quien don Pedro profesó siempre admiración y respeto.

Discutíanse en esas veladas los más variados temas y, en relación con ellos, se analizaban los valores mundiales que actuaban entonces, o que habían dejado huella en el pasado, en los campos de la filosofía, la literatura, la política y el arte. La palabra suave y erudita de Prado guiaba la discusión de tal manera que nunca hubo roce ni acritud entre los comensales cuyas recias personalidades y disparidad de ideologías políticas cargaban a veces el ambiente con pesados y amenazantes nubarrones. Memorables reuniones fueron aquellas en que la palabra juvenil y eufórica de Germán Arciniegas —hoy consagrado escritor— combatía el verbo docto del "Maestro" Sanin Cano y en las cuales terciaban, con erudición y chispa, Luis Cano, viejo amigo de Chile desde sus años de labor en "El Diario Ilustrado" y a la sazón director del gran diario liberal "El Espectador"; Enrique Santos (Calibán), director de "El Tiempo", primer rotativo de Colombia; Silvio Villegas, conservador "a outrance" y entonces director del diario de gobierno "El Debate"; Felipe Lleras Camargo, poeta, periodista y gran bohemio de clara inteligencia; Gabriel Turbay, político de avanzada cuyo talento lo llevó hasta el umbral de la presidencia de la República; Daniel Samper, uno de los privilegiados escritores sudamericanos que dictara cátedra en la Universidad de Salamanca; Jorge Zalamea, brillante escritor y diplomático; Luis Eduardo Nieto Caballero, cuya verbosidad sólo resistía comparación con lo prolífico de su pluma; Rafael Maya, grande e inspirado poeta cuyo hablar pausado y voz serena recuerdan a Neruda; Agustín Nieto Caballero, educador y diplomático, y muchos otros nombres que han hecho historia en

Colombia, durante las dos últimas décadas, que no podríamos anotar en estas páginas.

Era este, en verdad, un núcleo selecto que probó, con creces, su calidad espiritual al brillar más tarde, con fulgor propio, en la historia política y cultural de su patria, y que ya, en esa época, ejercía poderosa influencia en la orientación de la prensa bogotana. El ministro de Chile comprendió, pues, toda la importancia que significaba para él ilustrar a sus contertulios sobre Chile y sus problemas y, en ese empeño, no omitió ni esfuerzos ni gastos al brindarles su hospitalidad que fué siempre, en verdad, tan sencilla como sincera. El pisco chileno y los tintos y blancos de nuestros viñedos desataban las lenguas prudentes o reacias, y fué así como don Pedro recogió, en esas veladas, más de una información de positivo valor o de trascendente alcance para su misión diplomática. En aquellos años no se había solucionado aún nuestra situación limítrofe con el Perú y don Pedro vivía alerta al problema de Tacna y Arica. Sagaz y activo como pocos, averiguaba hasta los más mínimos detalles de las gestiones que hacía el ministro del Perú, don Celso G. Pastor, ante la cancillería de San Carlos y, con su imaginación inquieta, daba a veces mayor alcance a ciertas maniobras de sondeo propias del juego de las cancillerías. En este aspecto fué un celoso defensor de los intereses de Chile y podemos decir que más de un desvelo tuvo Prado por causa de este problema internacional que jamás le había restado una hora de sueño antes de ser diplomático.

Mucho contribuyó también el ministro de Chile, valiéndose de la influencia que ejercía sobre sus amigos de la prensa, a suavizar la tensión existente entonces entre Colombia y Ecuador, cuyas relaciones diplomáticas se hallaban interrumpidas, por iniciativa de Colombia, desde 1926. Impuesto de los detalles que motivaron la ruptura, don Pedro se adentró en el problema limítrofe y buscó la cooperación de nuestro gobierno para que mediase en él. Debido a su corta estada en Colombia no alcanzó a ver Prado, como ministro de Chile, el buen éxito de su laudable iniciativa que culminó, en 1930, con

la reanudación de las relaciones diplomáticas entre estos dos pueblos hermanos.

Pero no se crea que por albergar la legación de Chile elementos de la oposición y de la bohemia literaria descuidaba don Pedro sus contactos oficiales. Por el contrario, éstos fueron siempre atendidos con esmero y cordial cortesía por él y su dignísima esposa. Recordamos, por ejemplo, que el Presidente Abadía Méndez, hombre austero y de avanzada edad que no se prodigaba en demasía, aceptó, varias veces, comidas en su honor ofrecidas por el ministro de Chile. Eran estas ocasiones de gran alborozo para don Pedro quien, con su afán perfeccionista, vigilaba todos y cada uno de los más ínfimos detalles de la fiesta. Si hubiera sabido cocinar estamos cierto que habría dado, con sus manos, el último toque a las ollas humeantes, pero él confiaba, para estos menesteres, en las virtudes domésticas de su fiel compañera.

Mantuvo Prado, además, estrecho contacto con las fuerzas armadas de Colombia, que le tributaron cordial y calurosa acogida en recuerdo de las misiones chilenas que organizaron su primera Escuela Militar. Hablando en una ocasión solemne en ese plantel, Prado se dió maña para introducir, en su discurso improvisado, la lectura de cartas dirigidas por O'Higgins a Bolívar, obsequiando luego a la biblioteca de la escuela el *Epistolario de O'Higgins* que había llevado oculto por si la ocasión de usarlo se presentaba propicia. Tales gestos, que denotaban oportunidad y talento, cautivaban a cuantos le conocían y escuchaban.

Fueron múltiples las ocasiones en que don Pedro usara de la palabra, ya sea en conferencias o en discursos oficiales y siempre, podemos decirlo, lo hizo con amenidad y acierto. Pensaba constantemente en Chile y fluía naturalmente de su ser esa calidad de patriotismo que sólo alcanzan aquellos que han cantado en estrofas o pintado en paisajes las bellezas de la tierra que los vió nacer. Invocaba así, don Pedro, a su patria en todas sus actuaciones mientras la representó en el exterior porque la amaba como la aman los poetas, los pintores y los campesinos y porque en ese amor be-

bía él las fuerzas necesarias para ver en ella virtudes y encantos que su imaginación de artista materializaba con primor. Sus discursos, jamás altisonantes pero siempre serenos y cálidos, pronto abrieron brecha en el alma de los colombianos que ya querían a Chile por tradición. Las descripciones de Prado avivaron, en todos los ambientes, el cariño por la tierra del poeta, quien logró así el milagro de llevar a Colombia, país lejano y vinculado a nosotros en un plano sentimental, la imagen viva del Chile que él sentía correr por sus venas, con sus matices y colores, y que era una imagen de vigor y de pureza que mucho nos honraba.

Anatole France dijo alguna vez que nunca se mostraba un escritor más entusiasta que al hablar de sí mismo. Esta observación, por fina, veraz o irónica que sea, encontró su excepción en Pedro Prado en cuyos labios afloraba siempre el elogio caluroso y justo cuando analizaba, para divulgarla en Colombia, la producción literaria chilena. Los nombres de Manuel Magallanes, de Eduardo Barrios, de Neruda, de d'Halmar, de Alone, de Joaquín Edwards, de Juan Guzmán Cruchaga, de Jenaro Prieto, de Valentín Brandau, de Angel Cruchaga, de Encina, de Gabriela Mistral y de muchos otros valores literarios nacionales que habían alcanzado ya renombre hace un cuarto de siglo, le daban margen para explicar el alcance filosófico, poético o histórico de sus obras. Su temperamento superior y su bondad se revelaban en estos comentarios carentes de pequeñeces y rivalidades profesionales. Una bella muestra de la belleza de alma del autor de *Alsino* ha quedado estampada en las líneas que dedicara a su gran amiga, Gabriela Mistral, al emprender ésta su primer viaje rumbo al México de secular leyenda y de colorida e india arquitectura. Prado escribió entonces:

“La reconoceréis por la nobleza que despierta . . .

“De todo su ser fluye una dulce y grata unción. ¡Oh! suave lluvia invisible, por donde pasas ablandas los duros terrones y haces germinar las semillas ocultas que aguardan . . .

“No hagáis ruido en torno de ella, porque anda en batalla de sencillez . . .

“Los taciturnos montañeses de mi país no la comprenden, pero la veneran y la siguen . . . ¡Oh! ingenua y clara ciencia . . .

“La llamáis y os la entregan; saben que es su mayor tesoro, y sonríen complacidos de ser su dueño . . .”

En la vida diplomática don Pedro intimó, desde el primer momento, con el ministro argentino, hombre franco y abierto, de inteligencia clara y proverbial simpatía. Rodolfo Freire era todo un gran señor que escondía bajo su ademán, pomposo a veces, un corazón noble y generoso. Diplomático experimentado y con años de carrera, Freire iniciaba a don Pedro en los detalles del “métier”, y el ministro de Chile pagaba con creces estas lecciones ilustrando a su colega sobre miles de tópicos. El nuncio apostólico, hombre de recia estatura moral y sagaz diplomático, fué también su gran amigo y consejero. Llevaba monseñor Paolo Giobbe muchos años en Colombia cuando nosotros llegamos a esas tierras y su prestigio e influencia en los medios políticos y sociales eran considerables. Don Pedro y sus nueve hijos le cautivaron de inmediato y pudo así contar la legación de Chile con el apoyo incondicional del decano del cuerpo diplomático. Además, colaboraba con él, como auditor de la Santa Sede, monseñor Federico Lunardi, devoto amigo de Chile y a quien don Pedro hizo bendecir la legación en memorable ceremonia. Según tradición establecida, para quien sirve cargos diplomáticos en nuestra América, era también imperioso mandato cuidar de las relaciones con el ministro norteamericano y don Pedro inició oportunamente su conquista. El “senador” Piles —como le llamábamos por haberlo sido muchos años— era un hombre bonachón, rústico y bullicioso, que recibía con un vaso de whisky en la mano a quien le visitara. Era proverbial que nadie podía conversar con él sin acompañarle en sus libaciones, y don Pedro, muy a su pesar, hubo de someterse a esta disciplina cada vez que, por una u otra razón, lo frecuentaba. Terminaron así por ser grandes amigos y no sería raro encontrar, entre las notas inéditas de Prado, algunas líneas que retraten a este pintoresco senador tejano que sirvió en Bo-

gotá, durante más de un lustro, la representación diplomática de los Estados Unidos.

Transcurridos algunos meses desde nuestra llegada, preparamos un viaje a la costa del Pacífico para dar la bienvenida, en Buenaventura, a la corbeta "Baquedano", tradicional buque escuela de nuestra marina de guerra. Los marinos chilenos no subirían a Bogotá porque la distancia e incomodidades del viaje no lo permitían. Serían, en cambio, huéspedes oficiales de la luminosa ciudad de Cali, capital del valle del Cauca y cuna de Jorge Isaacs, que organizaba en su honor cordialísima recepción. Rebosante de júbilo ante la expectativa de mostrar en Colombia la estampa y disciplina de los guardiamarinas de Chile, don Pedro partió de Bogotá dispuesto a afrontar, sonriente, todas las vicisitudes de un viaje largo y penoso. Viajamos cómodamente en tren hasta la ciudad de Ibagué que luce casonas blancas y vegetación trópica. A sus pies se alzaba la cordillera central de Colombia, más conocida por "El Quindío", macizo de montañas cuya altura alcanza a varios miles de metros. No existía, en esos años, carretera alguna para cruzarla con medios modernos y era preciso cabalgar, a lomo de mula, por peligrosos y estrechos senderos constantemente obstruidos por derrumbes gredosos que las lluvias convertían en mortíferos pantanos.

Debidamente equipados para la inclemencia del tiempo, proverbial en esa región, emprendimos, de madrugada, la ascensión de "El Quindío". Los arrieros, hombres pequeños y bronceados que lucían en sus rostros los rasgos mongólicos del indio chibcha, nos precedían a pie y con paso rápido apuraban la marcha de las mulas cargadas con nuestro equipaje. Deteniéndonos apenas el tiempo indispensable para alimentarnos frugalmente, cabalgamos de sol a sol el primer día. Los arrieros nos apremiaban para que llegásemos, antes de caer la noche, a la cumbre donde podríamos pernoctar cómodamente en una posada y mal podíamos negarnos a obedecerles ante la imposibilidad de lograr un ansiado descanso en medio de los senderos angostos, cubierto por el lodo que alcanzaba al vientre

de las mulas y bajo la lluvia torrencial que helaba ya nuestros huesos. Por fin, a mucho andar y cuando veíamos alejarse toda esperanza, apareció en la penumbra, tras un codo del camino, un caserón rojo y vetusto que lucía, a la usanza medieval, una insignia colgante con la imagen de un loro mal pintado y desteñido por las lluvias. Jamás, en nuestra vida de trotamundos, habíamos contemplado, con mayor alegría, un albergue. Recobramos de súbito el ánimo perdido y, olvidando el cansancio, apuramos nuestras cabalgaduras hacia el viejo patio de entrada. Tan pronto penetramos en la sala, que servía de comedor y recibo, prorrumpió don Pedro en ruidosa carcajada al contemplarse en un mal espejo que había allí colgado. "Sergio —dijo—. ¡Es posible que todo un ministro de Chile tenga esta estampa de prófugo hambriento y perseguido!..." La fatiga y el hambre se esfumaron al lado de un buen fuego y, mientras comíamos, don Pedro hizo gala de buen humor al comentar las peripecias de nuestro accidentado viaje hasta llegar a la posada de "La Lora".

El agua había cesado de caer durante la noche y, al amanecer, nos encontramos listos para proseguir rumbo hacia la costa. Debíamos cabalgar aún diez horas antes de alcanzar la ciudad de Armenia, donde nos esperaba el ferrocarril del valle del Cauca, y ya nuestros cuerpos sentían verdadera alergia al contacto con las mulas. Pero ni el cansancio ni la perspectiva de mayores fatigas impedían a Prado sonreír ante la belleza de las montañas cuya frondosa vegetación brillaba bajo el sol matinal del trópico frío, nombre que merecen con justicia los climas de altura de esas regiones ecuatoriales. Y mientras contemplábamos este panorama, soberbio en grandiosidad y colorido, que nos preparábamos a fotografiar, oímos exclamar a don Pedro: "Sergio, pásame mi sombrero de copa que está en esa caja, sobre el lomo de la mula rosada". No acertando a comprender lo que deseaba lo miramos asombrado, y acaso con tal interrogación en nuestros ojos, que él no pudo menos que reír y agregar: "Me ha venido el antojo de ver a un diplomático fotografiado con "colero", montado en una mula y con paraguas abier-

manera de reparar la ofensa que hubiera podido inferir a un amigo o a un subalterno en un momento de incontenida cólera.

Muchas molestias y sinsabores, pero a la larga un triunfo, ocasionó también a don Pedro cierta actitud, inamistosa hacia Chile, uno de los ministros de guerra de la administración Abadía Méndez. Había favorecido este político la permanencia en Colombia de misiones militares suizas que sucedieron a las que enviara nuestro país entre los años de 1907 a 1915. Cabe recordar, en este caso, que en el ejército colombiano y en su Escuela Militar viven, aún hoy en día, el espíritu y la tradición que le imprimieron sus fundadores y primeros instructores. El recuerdo dejado por los generales Ahumada, Díaz, Charpín, Montero, Sáez y Vignola, y por los coroneles Guillén y Aguirre es emblema de pujanza, de trabajo y de energía y podemos decir, con orgullo de chilenos, que sus nombres quedarán grabados para siempre, con caracteres indelebles, en la historia del ejército colombiano. Y fué esta magnífica tradición la que pretendió olvidar, en mal momento, un civil que desempeñaba la cartera de guerra. Como es fácil comprender, los desvelos de don Pedro no tuvieron límites pero logró, en cambio, la satisfacción de ver premiados sus esfuerzos. No volvieron a Colombia las misiones militares chilenas porque contaban ya las fuerzas armadas de ese país con oficiales y jefes preparados, que habían cursado estudios en Chile y en diversos ejércitos europeos, pero tampoco fué renovado el contrato a las misiones militares suizas como lo pretendía el político de marras.

Prado dedicaba al trabajo propiamente de oficina no más de tres horas al día y el horario era de 2 a 5 ó 6 de la tarde. En las mañanas, según él nos decía, le gustaba vagar y meditar. En sus largos paseos matinales conoció los más recónditos rincones de la capital y no escaparon a su examen ni las viejas iglesias, ni los anticuarios ni los mercados ni todo aquello que constituía para él el alma del país. Vagando por las calles —solía decir— se conoce mejor a los pueblos que leyendo lo que sobre ellos se escribe. Yo quiero tener mi propio concepto, el fruto de mis observaciones y no guiarme por ob-

sical difícil de interpretar para orquestas o bandas militares extranjeras. Sólo los músicos chilenos parecen alcanzar sin esfuerzo el milagro de imprimir prestancia, armonía y belleza a sus acordes y ritmo acelerado que destrozan, con implacable regularidad, los ejecutantes de otros pueblos. Por esto, al oírlo allí, vibrando en los bronces de la banda de "La Baquedano", sentimos bullir la sangre en nuestras venas mientras la vista se nos humedecía contemplando la sobria y hermosa bandera de Chile.

Comandaba el buque escuela el almirante Julio Merino Benítez, a la sazón capitán de navío, y sentimos satisfecho nuestro orgullo de chilenos al ver a este hombre recio de aspecto, firme de carácter y gran señor en sus modales, que encarnaba la noble tradición de nuestra marina de guerra. Habíamos conocido al almirante Merino cuando desempeñaba el cargo de agregado naval a nuestra embajada en Buenos Aires; le respetábamos como profesional y le queríamos como amigo. Don Pedro, que vivía en Chile aislado en su pequeño mundo intelectual, no sabía mucho de él pero, tan pronto estrechó su mano, se estableció entre ambos esa corriente cálida que genera el contacto de dos hombres de bien.

A primera hora del día siguiente viajamos a Cali con la oficialidad y guardiamarinas de "La Baquedano". Hubo allí banquete y baile para el elemento oficial y los cadetes. Usaron de la palabra el gobernador del departamento del valle del Cauca, el ministro de Chile y el comandante del buque escuela. El discurso de bienvenida fué cordial, sincero y elocuente, como correspondía a una autoridad de Colombia recibir a emisarios de las fuerzas armadas de Chile. Don Pedro le siguió en emotiva oración, rica en imágenes de esa tierra chilena que los muchachos habían dejado, casi un año atrás, para correr mundo y visitar lejanos parajes, y luego oímos la voz viril de Julio Merino Benítez, quien dió relieve al objetivo de la visita de los jóvenes marinos a las costas de Colombia. Destacó así, en forma clara y brillante, los aspectos de confraternidad americana que perseguía el gobierno de Chile. Actos oficiales como el que recordamos, y que se realizaban en otros tiempos sin

perseguir finalidades políticas inmediatas, eran provechosos porque dejaban gratos recuerdos y terreno arado para el futuro. No surgían suspicacias ni se mencionaban intereses creados o por crearse. Reinaba sana confraternidad y confianza alegre y sincera. En Colombia se admiraba la pujanza de Chile representada en sus marinos de heroica tradición, cuya visita no llevaba aparejados proyectos de pactos políticos o militares. Era, en suma, una visita cordial, de jerarquía y calidad superiores, sin compromisos y que perseguía, como único propósito, avivar el fuego de una bien probada amistad entre dos pueblos que siempre se han respetado.

La visita de "La Baquedano" y nuestro viaje a la costa del Pacífico colombiano marcó un paréntesis de alegría en la vida diplomática de don Pedro, cuya salud comenzaba a resentirse debido a la altura de la capital colombiana. Le hacía falta a Prado, sobre todo, mayor contacto con elementos chilenos y en Bogotá éstos escaseaban. Se recluía en demasía y no todo era sonrisa y buen humor en su vida. Bajo su apariencia tranquila bullía un temperamento fuerte, pronto a la exasperación, que reaccionaba muchas veces en forma violenta ante los más pequeños incidentes de la vida cotidiana. Un retardo de nuestra cancillería en contestar una de sus iniciativas le causaba, por ejemplo, pesar e inquietud, alterándole los nervios. En vano tratábamos de explicarle, con nuestra escasa experiencia de entonces, que la rutina burocrática del ministerio tardaba, a veces meses, en resolver una proposición por buena y sensata que fuera. Su temperamento no admitía la pérdida inútil de un tiempo que él consideraba precioso, y los silencios del ministerio los atribuía a falta de interés. Además, el hecho de haber ingresado a la administración pública a una edad madura, después de más de cuarenta años de vida libre, le inducía a creer que era posible, con voluntad e insistencia, cambiar bruscamente los sistemas establecidos en el gobierno. Pero, al recordar el carácter fuerte y a veces mal humorado de don Pedro, es justicia reconocer que su innata bondad buscaba siempre, una vez pasada la crisis, la mejor

manera de reparar la ofensa que hubiera podido inferir a un amigo o a un subalterno en un momento de incontenida cólera.

Muchas molestias y sinsabores, pero a la larga un triunfo, ocasionó también a don Pedro cierta actitud, inamistosa hacia Chile, uno de los ministros de guerra de la administración Abadía Méndez. Había favorecido este político la permanencia en Colombia de misiones militares suizas que sucedieron a las que enviara nuestro país entre los años de 1907 a 1915. Cabe recordar, en este caso, que en el ejército colombiano y en su Escuela Militar viven, aún hoy en día, el espíritu y la tradición que le imprimieron sus fundadores y primeros instructores. El recuerdo dejado por los generales Ahumada, Díaz, Charpín, Montero, Sáez y Vignola, y por los coroneles Guillén y Aguirre es emblema de pujanza, de trabajo y de energía y podemos decir, con orgullo de chilenos, que sus nombres quedarán grabados para siempre, con caracteres indelebles, en la historia del ejército colombiano. Y fué esta magnífica tradición la que pretendió olvidar, en mal momento, un civil que desempeñaba la cartera de guerra. Como es fácil comprender, los desvelos de don Pedro no tuvieron límites pero logró, en cambio, la satisfacción de ver premiados sus esfuerzos. No volvieron a Colombia las misiones militares chilenas porque contaban ya las fuerzas armadas de ese país con oficiales y jefes preparados, que habían cursado estudios en Chile y en diversos ejércitos europeos, pero tampoco fué renovado el contrato a las misiones militares suizas como lo pretendía el político de marras.

Prado dedicaba al trabajo propiamente de oficina no más de tres horas al día y el horario era de 2 a 5 ó 6 de la tarde. En las mañanas, según él nos decía, le gustaba vagar y meditar. En sus largos paseos matinales conoció los más recónditos rincones de la capital y no escaparon a su examen ni las viejas iglesias, ni los anticuarios ni los mercados ni todo aquello que constituía para él el alma del país. Vagando por las calles —solía decir— se conoce mejor a los pueblos que leyendo lo que sobre ellos se escribe. Yo quiero tener mi propio concepto, el fruto de mis observaciones y no guiarme por ob-

servadores ajenos. De estas meditaciones nacían luego, en las horas de oficina, sus oficios al ministerio, que eran dictados siempre con esa seguridad que sólo alcanza quien conoce a fondo su materia.

Cuando regresaba de sus andanzas matinales por los alrededores de Bogotá, cansado de contemplar los frondosos árboles del trópico que no pierden su folleje, comprendimos muchas veces cómo añoraba Prado el paisaje del invierno chileno. Sus pupilas buscaban en vano los troncos desnudos, de formas caprichosas, destacados sobre el manto blanco de las cordilleras y todo su ser añoraba también el polvo dorado de nuestros caminos y los coloridos del otoño, tantas veces materializados por su paleta de pintor en sus andanzas sin rumbo con ese gran "Maestro" que fué don Juan Francisco González. Su cariño y admiración por don Juan Pancho —como le llamaba— eran tema constante para don Pedro y jamás olvidaba el recuerdo de este amigo ausente ante la fiesta de la naturaleza en un bello día de sol. Prado agradeció siempre a González el haberle enseñado a ver las bellezas ocultas que sus ojos no alcanzaran a percibir. El "Maestro" hizo del poeta un pintor, y el artista vibrante que era Prado, tan inspirado en sus composiciones literarias, requería a su lado la presencia del viejo compañero para realizar sus creaciones plásticas. Lejos de don Juan Francisco, Prado no sentía el deseo de pintar y fué así como, durante su estancia en Colombia, jamás le vimos coger los pinceles.

Otra de las distracciones predilectas del ministro era visitar en Bogotá las viejas iglesias coloniales, cuya arquitectura y regia ornamentación reviven la pompa y riqueza que llevaron allí, de la vieja España, los virreyes del reino de la Nueva Granada. Atesoran estos templos valiosas obras de arte de los siglos XVII y XVIII y, entre ellas, cautivaban sobre todo el ojo del artista y del arquitecto las preciosas esculturas en madera. Algunas, prodigiosamente policromadas en vivos colores realzados por el dorado "a la feuille" contrastaban, en la penumbra, con otras más austeras y cuya madera bruñida, bañada por los rayos de sol que filtraban los ventanales, lucía el relieve de sus trazos delicados. Las visitas de don Pe-

dro a los templos —que son gracia y joya de Santa Fe de Bogotá— coincidía generalmente con la hora en que la población acudía a Dios en demanda de auxilio religioso. Iniciaba su camino por las naves con ademán respetuoso para olvidarse luego del ambiente sacrosanto y detenerse ante los altares y confesonarios en busca de las esculturas que tanto le atraían. Así, en más de una ocasión, le vimos alzar las manos y exclamar con voz sonora: “¡Qué maravilla es este grupo y qué vida tiene la cabeza de San Juan el Bautista! . . .”, o bien “Qué graciosa es la línea de tal o cual figura . . .” Como es natural pensarlo, tales “desmanes” artísticos no eran ni son corrientes en las iglesias de Colombia y causaban cierta alarma que don Pedro se encargaba de disipar conversando sonriente con el monaguillo o sacerdote que se acercaba a él, discretamente, a fin de vigilarlo. Sucedió igual cosa cuando examinaba minuciosamente los confesonarios preciosamente tallados y ante los cuales se detenía sin parar mientes en los fieles que, piadosamente arrodillados, confesaban sus pecados. Al verlo actuar de esta suerte, tan ajeno al medio que lo circundaba, meditamos muchas veces cuánto poder abrigaba el temperamento artístico de Prado que le permitía evadirse bruscamente a otro mundo cuando sus ojos descubrían la belleza superiormente expresada.

Al acercarse su partida, que fué hondamente sentida en Bogotá, don Pedro fué objeto de numerosas manifestaciones que pusieron de relieve el alcance de la obra realizada en tan corta misión. Sus colegas diplomáticos le prodigaron banquetes y la prensa y amigos le colmaron con festejos de todo orden. Entre los primeros, queremos recordar la comida ofrecida a don Pedro por el ministro inglés, hombre gentil pero lacónico como pocos, quien, al levantar su copa de champaña, pronunció sólo dos palabras: “buen viaje” . . . Los asistentes no esperábamos más del representante de Gran Bretaña pero todos estábamos dispuestos a oír, de labios del ministro de Chile, algunas frases de sentida despedida . . . Don Pedro, sin embargo, nos defraudó esa noche cuando, con mirada sonriente, levantó su copa y dijo: “gracias” . . . Al abandonar la legación bri-

tánica, horas más tarde, Prado se adelantó a contestar la pregunta que presentía venir y exclamó: "Esta noche he querido probar a un inglés que un chileno puede ser aún más lacónico que un hijo de Albién. A sus dos palabras he respondido con una, lo que me asegura, además, el record de los discursos cortos en Colombia" . . . Lo felicitamos por su buena humorada y nos alegramos también al ver que esa simpática ironía, que era acaso uno de sus mayores atractivos, no se había consumido en el transcurrir de dieciocho meses de labores oficiales.

Podríamos, haciendo memoria, recordar un sinnúmero de anécdotas de la vida diplomática de esta personalidad generosa que se entregó, sin reservas, a la causa que había aceptado servir, pero no quedarían completas nuestras notas si no agregásemos para la tranquilidad de los suyos y de cuantos le quisieron y admiraron, que dejó en Colombia una imborrable huella. Hemos vuelto a Bogotá veinte años más tarde, y hemos visto, con honda emoción, que la labor del poeta no había sido en vano. Su nombre sigue allí unido al de Chile, y cuando en Colombia se habla de nuestra patria, surge siempre, infaltable en los recuerdos, la noble figura de Pedro Prado.

Y, por fin, al cerrar estas líneas, que son testimonio de afecto y admiración a quien sobradamente lo merece, no podríamos omitir el relato de nuestro último contacto con Prado. Cuando en 1949 nos encontrábamos en la India, en esas lejanas tierras de Cachemira donde las cumbres y los valles del Himalaya nos hacían evocar, por su asombrosa similitud, nuestros valles y picachos andinos, supimos que don Pedro había sido agraciado con el Premio Nacional de Literatura. Nuestro regocijo fué grande ante tan grata nueva porque se había hecho justicia, por fin, a quien se entregara por entero a la realización de una obra literaria que honra y honrará siempre a las letras chilenas tanto por su elevada inspiración como por su contenido filosófico y artístico. Consecuentes con nuestro cariño por el poeta laureado le escribimos felicitándolo y, a poco andar del tiempo, recibimos de él una carilla escrita ya con dificultad y que nos causó honda emoción no sólo por la sinceridad

que emanaba de ella, al agradecer nuestro recuerdo, sino porque revelaba también, en sus rasgos temblorosos, los profundos estragos de la dolencia que minó las postrimerías de su vida. Los años corridos sin vernos no habían alterado los bondadosos sentimientos de don Pedro hacia su colaborador en los lejanos días de su breve paso por la diplomacia chilena y, a pesar de su dolencia y de los centenares de agradecimientos que debiera, seguramente, contestar en esos días de triunfo para él, no le faltó ni el ánimo ni el tiempo para tomar la pluma y escribirnos estas líneas que conservamos siempre como un preciado recuerdo del amigo y del poeta:

“Pedro Prado saluda a su querido y recordado amigo Sergio Huneeus y le manifiesta emocionado cuánto le ha agradecido la cordialidad de su recuerdo capaz de vencer tan prodigiosas distancias y el encanto de tierras legendarias y maravillosas, y hacerse presente a un viejo amigo que comparte sus sentimientos generosos y que le desea toda clase de felicidades. Santiago, 25 de junio de 1949”.